

RICARDO MOLERO

Desigualdades en China, desigualdades en el mundo

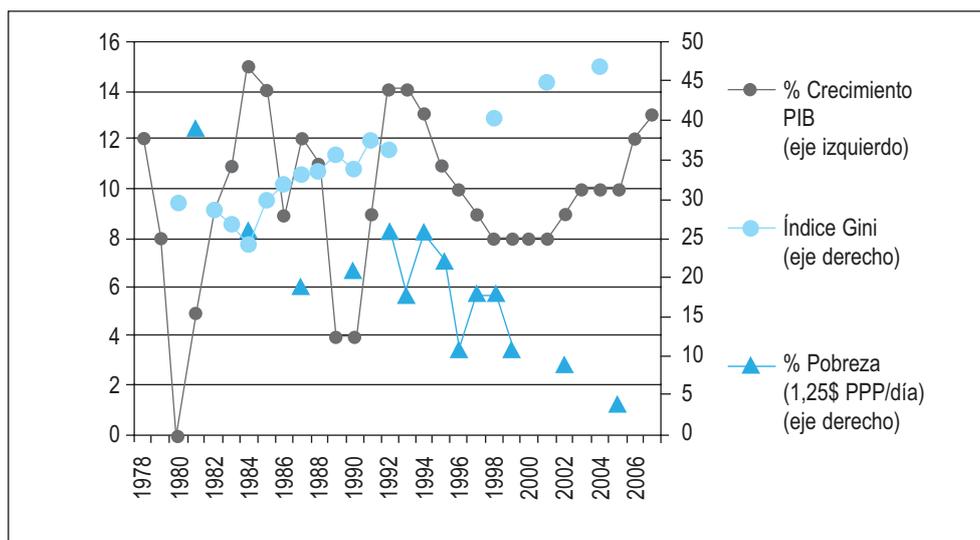
La relación entre crecimiento, desigualdad y pobreza en China y de esas variables con la desigualdad a escala mundial es mucho más compleja de como usualmente se presenta. Para alcanzar sus altísimos ritmos de crecimiento durante tanto tiempo, ha sido necesario establecer un complejo mecanismo distributivo que asegura grandes beneficios, tanto a las empresas transnacionales que han deslocalizado su producción como a las propias empresas del país. El éxito de la reforma económica se ha basado en el control de la migración interna campo-ciudad, que ha permitido la creciente apropiación de excedente de las empresas para mantener altas tasas de acumulación y de crecimiento. China ha podido convertirse en la segunda economía del mundo, con una alta competitividad internacional de sus exportaciones a costa de estancar las condiciones de vida en el ámbito rural y limitar los salarios urbanos, por lo que el crecimiento económico ha quedado vinculado estructuralmente a la desigualdad social.

El crecimiento económico vivido por China desde que en 1978 comenzó el proceso de liberalización y apertura de su economía es aclamado habitualmente como un hito sin parangón en la historia de la humanidad. Este crecimiento, de un 9,9% de media anual entre dicho año y 2007, no sólo habría convertido a la economía china en la segunda más grande del planeta, sino que, según la interpretación más ampliamente difundida al respecto, también habría permitido salir de la pobreza a hasta 500 millones de personas. Para la mayoría de los analistas el paralelo aumento experimentado por la desigualdad social, con un índice de Gini que ha pasado de un valor de 28 a uno de 47 (véase el gráfico 1), no sería más que un “efecto colateral” del proceso. De hecho, supuestamente, este aumento no habría impedido que el incremento del ingreso per cápita chino redundase en una mejora de la distribución de la renta a escala mundial, con una aparente reducción del Gini global de entre 3 y 4 puntos. La heterodoxa estrategia económica y política seguida por el Partido Comunista Chino (PCCh) para lograr estos resultados (descrita bajo la etiqueta del “Consenso de Pekín”) se habría convertido en un referente

Ricardo Molero
es investigador del
departamento de
Economía Aplicada I
(UCM)

para otros países de los denominados “en vías de desarrollo”. Aún más, gracias a que tiene una capacidad muy superior a la de las economías más importantes del mundo para afrontar la actual crisis que padecemos, China también sería vista como la última esperanza que ahora tendría el capitalismo para salir de aquélla.

Gráfico 1. Crecimiento, desigualdad y pobreza en China



Fuente: National Bureau of Statistics of China (NBSCh), Banco Mundial y World Institute for Development Economic Research

Sin embargo, si se analiza en detalle, este supuesto éxito palidece tanto en su dimensión interna, como en la externa. Para alcanzar esos altísimos ritmos de crecimiento, mantenidos durante un periodo tan largo, ha sido necesario establecer un complejo mecanismo distributivo que asegura grandes beneficios, tanto a las empresas transnacionales que han deslocalizado su producción hacia China, como, de manera aún más importante, a las propias empresas del país. No en vano, son estos beneficios los que financian el proceso sin par de inversión llevado a cabo para ampliar el aparato productivo chino. El hecho es que este mecanismo, que garantiza los precios bajos de sus exportaciones, es también responsable, tanto del sustancial incremento de las desigualdades que se ha producido en China, como del empeoramiento de las condiciones laborales a lo largo y ancho del mundo. En último término, ambos fenómenos explican por qué ni la reducción de la pobreza ha alcanzado la magnitud que normalmente se considera, ni la desigualdad mundial ha logrado realmente reducirse. Más aún, aunque, como parte de su estrategia para enfrentarse a la crisis, el Gobierno del PCCh ha tomado medidas pretendidamente encaminadas a reducir las

desigualdades internas, esto está lejos de asegurar que lo vayan a hacer sustancialmente, ni éstas, ni las que se dan en el conjunto de la economía mundial.

El camino hacia el mercado

Antes de 1978 la relación que se daba en la China maoísta entre crecimiento, desigualdad y pobreza era muy distinta a la actual. Aislada en gran medida del mercado mundial, el PCCh instauró un sistema de planificación centralizada de la economía. El proceso de acumulación emprendido para lograr su industrialización se alimentó de la limitación de los ingresos campesinos y de los salarios industriales. Además, experimentos fallidos, especialmente, el del “Gran Salto Adelante”, dieron lugar a disrupciones económicas de consecuencias absolutamente dramáticas para la población. Sin embargo, la dotación general de servicios básicos (salud, educación, vivienda) por parte de las comunas rurales o de las empresas estatales permitió asegurar a aquélla un sustento básico que repercutió en una marcada mejora de indicadores como la esperanza de vida o la alfabetización. Además, la limitación de la especialización productiva campo-ciudad, la distribución geográfica de la inversión y la contención de las diferencias salariales hicieron posible un alto igualitarismo distributivo. Todo ello no supuso un obstáculo para que la economía china creciese a unas tasas medias mayores que las de economías de similar nivel de desarrollo, como la de la India. Pero, a pesar de ello, el menor incremento de la productividad le impidió alcanzar a otras como las de Japón, Taiwán o Corea del Sur. La amenaza geopolítica que esto implicaba hizo posible que la facción del PCCh liderada por Deng Xiaoping lograra poner en marcha una reforma económica que acabó revirtiendo la base igualitarista sobre la que se había asentado el desarrollo chino.

A diferencia de lo ocurrido en los países de Europa del Este, donde se aplicaron auténticas “terapias de shock” para lograr una rápida transición hacia una economía capitalista de mercado, en China dicha transición fue paulatina y, a priori, no tenía como objetivo definido alcanzar dicho estadio. En realidad, la reforma comenzó como un simple intento de mejorar las productividades, tanto de la agricultura, como de la industria, mediante la introducción de cambios en las técnicas de gestión de ambas. En el campo, los denominados «sistemas de responsabilidad familiar» sustituyeron a la organización de la producción por parte de las comunas rurales. En la ciudad, se dotó a las empresas estatales de una mayor autonomía en la toma de decisiones productivas respecto a los organismos de planificación. En ambos casos se puso en marcha un mecanismo de incentivo por el cual tanto las familias campesinas, como las empresas industriales podían vender en el mercado toda producción que superase las cuotas de venta obligatoria al plan. Primero en el sector agrícola y luego en el industrial, la producción se incrementó considerablemente, cumpliendo así el objetivo propuesto. Sin embargo, una vez iniciado el proceso de reforma, este no se iba a parar ahí.

Gracias a esos incentivos combinados con las medidas de apertura externa de la economía, la lógica del mercado se expandió rápidamente. Aunque en ningún momento el Gobierno chino perdió el control sobre las variables estratégicas de su economía, el debilitamiento del sistema de planificación comenzó a ir paralelo al incremento de la dependencia de la lógica del mercado.

Con una regulación de precios menores que los de mercado, tanto las familias campesinas, como las empresas industriales comenzaron a sacar a la venta hacia él una mayor cantidad de producción, de modo que las segundas comenzaron a ganar relevancia sobre las primeras hasta convertirse en el principal regulador de las relaciones económicas. El rol del mercado mundial en la determinación de los precios comenzó a ganar importancia según China avanzaba en el proceso de apertura externa, el cual comenzó con la creación de “zonas económicas especiales” para la inversión extranjera y acabó culminando con la entrada del país en la Organización Mundial del Comercio en 2001. Ya antes, había sido necesario romper los mecanismos que impedían la creación como tal de un mercado laboral, con el objetivo último de que las empresas fuesen capaces de afrontar la presión proveniente de los mercados. Para ello se les dio el poder, que antes no tenían, de contratar y despedir trabajadores, poder ejercido a gran escala después de que en 1997 se emprendiese una campaña masiva de privatizaciones. En conjunto todo ello implicó la paulatina desaparición del sistema del *danwei* por el que los trabajadores chinos quedaban vinculados a su empresa de por vida. La pérdida de la protección laboral que ello suponía se tradujo en que la presión del mercado sobre los precios se comenzase a trasladar directamente a los salarios.

Estancamiento de las condiciones de vida rurales, limitación de los salarios industriales

Desde entonces, la relación entre el campo y la ciudad se ha convertido en la clave para articular esa presión. Durante los primeros años de la reforma las mejoras productivas en el ámbito rural se habían visto reforzadas por el incremento de los precios agrícolas que el Gobierno había impulsado con la intención de favorecer las transformaciones emprendidas en él. Esto permitió un incremento inmediato del nivel de vida de la población campesina que no sólo produjo la más importante reducción de las cifras de pobreza de todo el periodo de reforma, sino también una disminución de la desigualdad campo-ciudad. Todo ello generó un amplio apoyo popular a las reformas. Sin embargo, este desarrollo inicial se acabó convirtiendo en un espejismo, según las prioridades del proceso cambiaban.

Paulatinamente los términos de intercambio entre los productos agrícolas y los industriales tornaron de nuevo a favor de estos últimos, sin haberse vuelto hasta ahora a alterar-

se esa tendencia. Con el desmantelamiento de las comunas, los campesinos perdieron el acceso a los servicios públicos de los que antes les proveían aquéllas y hasta la llegada de la crisis ninguna otra institución pública las había sustituido en esa función. Las empresas industriales rurales vivieron un intenso crecimiento al inicio del proceso de reforma, generando una gran cantidad de puestos de trabajo. A pesar de ello, progresivamente, el desarrollo industrial se fue trasladando a las ciudades costeras, en donde actualmente sigue concentrado. Además, las políticas impositivas dirigidas al campo generaron una carga repartida de manera regresiva entre la población. Gracias a que la propiedad de la tierra sigue siendo colectiva, las familias campesinas disponen de tierra para explotar en usufructo, pero esto no es suficiente para retenerlas en ellas. Por el contrario, en el contexto descrito, el flujo de emigración desde las zonas rurales hacia las urbanas ha sido continuo, convirtiéndose los migrantes en la fuerza de trabajo principal que sostiene las fábricas chinas.

El Gobierno del PCCh ha creado las condiciones para alimentar un crecimiento asentado en una intensa desigualdad. La brecha campo-ciudad no ha dejado de profundizarse

Durante la época maoísta se había puesto en marcha un sistema de control de los movimientos internos de población basado en el *hukou*, o permiso de residencia urbano, cuya obtención era prácticamente imposible para un habitante de la zona rural. No en vano, su objetivo era el de fijar a la población campesina a la tierra para favorecer la extracción de recursos para la industrialización. A pesar de haberse transformado la lógica de funcionamiento de la economía, el permiso sigue aún vigente, cumpliendo la función de presionar sobre el nivel de ingresos en el campo para que el consiguiente menor incremento de los precios agrícolas ayude al mantenimiento de bajos salarios industriales. A pesar de haberse flexibilizado durante los últimos años los controles, al no haberse eliminado la necesidad del permiso para acceder a derechos básicos, buena parte de la población migrante se ha visto obligada a trabajar sin protección legal.

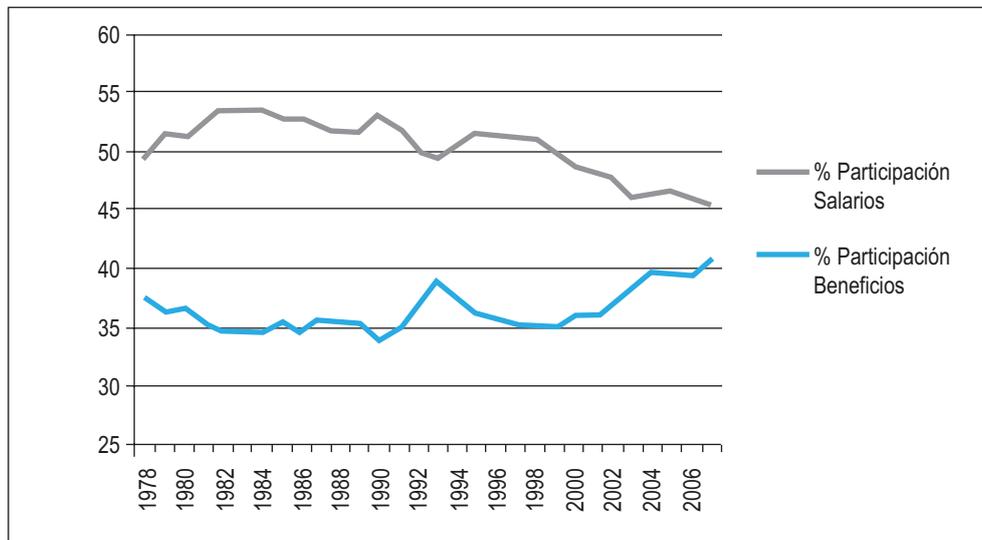
De este modo, el Gobierno del PCCh ha creado las condiciones para alimentar un proceso de crecimiento asentado en una intensa desigualdad. La falta de desarrollo rural ha provocado que la brecha campo-ciudad no haya dejado de profundizarse. Además, la concentración de la inversión en determinadas áreas ha dado lugar a que los desequilibrios se hayan expandido también entre las provincias del interior y las de la costa. La aparición en las ciudades costeras de una marea migratoria sin derechos, ni protección y, por tanto, con menores salarios ha multiplicado las diferencias de ingresos entre los diferentes estratos

sociales. Pero, sobre todo, lo que ha provocado es una alteración de la distribución primaria de la renta entre salarios y beneficios, es decir, entre clases sociales.

Un crecimiento económico guiado por los beneficios

En efecto, la función principal que ha cumplido ese mecanismo distributivo que vincula las condiciones de vida en el campo al nivel de los salarios industriales ha sido la de asegurar un montante de beneficios suficientemente alto para sostener el intenso proceso de acumulación puesto en marcha. No en vano, como consecuencia de la presión ejercida por este mecanismo, los salarios han estado creciendo a ritmos inferiores a los que ha incrementado la productividad de los trabajadores chinos. Esto ha provocado que su participación en el reparto de la renta nacional no haya dejado de caer desde prácticamente el inicio de la reforma hasta llegar a apenas un 45% del PIB, un nivel aún más bajo que la ya reducida cifra en que se encuentra en otras economías de análogo nivel de renta per cápita (gráfico 2).

Gráfico 2. Distribución primaria de la renta en China (% PIB)

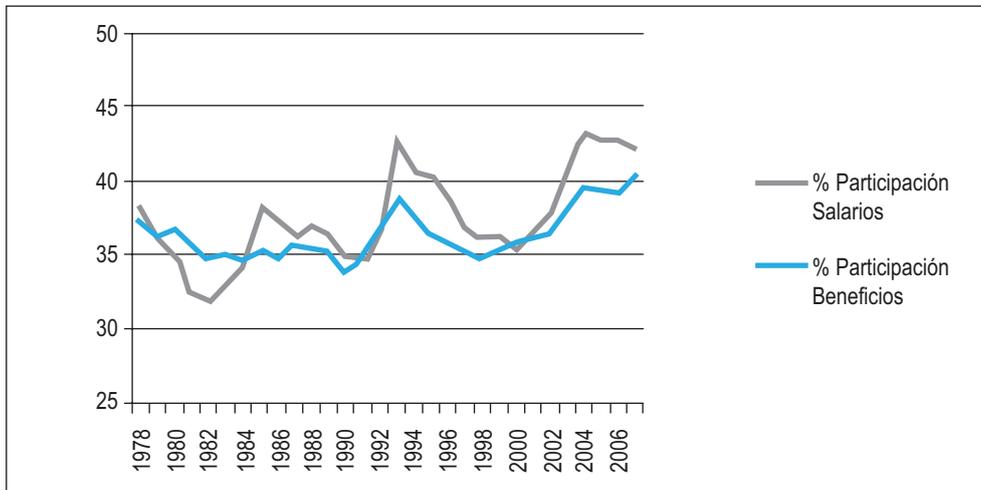


Fuente: Cálculos propios basados en los datos de Hsueh y Li (1999) y del NBSCh

El resultante incremento de la participación de los beneficios ha permitido que las tasas de inversión se mantuviesen por encima del 35% del PIB durante prácticamente tres décadas. La mayoría de analistas argumentan que es el ahorro que las familias chinas llevan a cabo de manera preventiva para poder afrontar sus gastos de salud, educación y jubilación, el que explica las altas tasas del mismo que mantiene la economía. Aunque dichos recursos

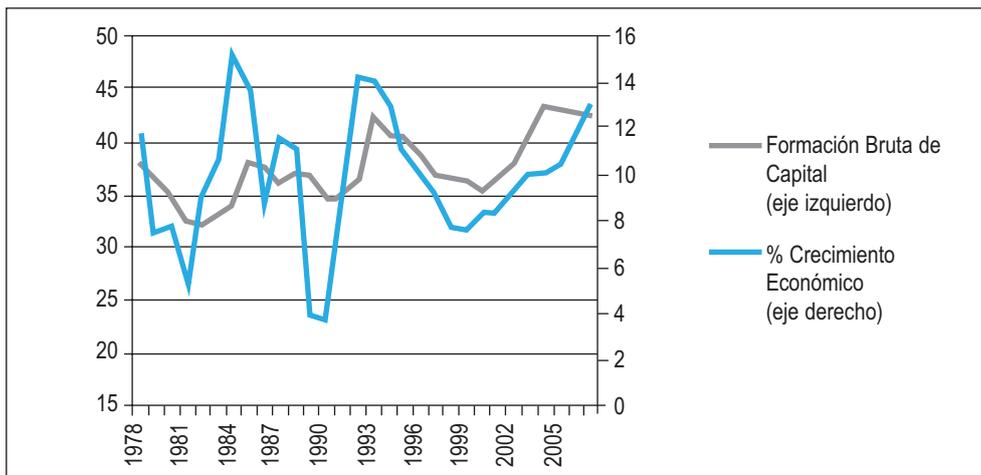
no dejan de ser relevantes, en realidad, más de la mitad del ahorro total llevado a cabo en China proviene de beneficios empresariales y es justamente su reinversión la que ha sostenido el crecimiento: los beneficios han empujado a la acumulación de capital (gráfico 3) y ésta ha guiado al crecimiento (gráfico 4). De hecho, la inversión extranjera apenas representa un 10% del total de la inversión productiva llevada a cabo, lo cual permite constatar el rol central que ha supuesto la canalización del excedente obtenido por las propias empresas chinas para la expansión económica del país.

Gráfico 3. Participación de los beneficios e inversión en China (% PIB)



Fuente: NBSCCh

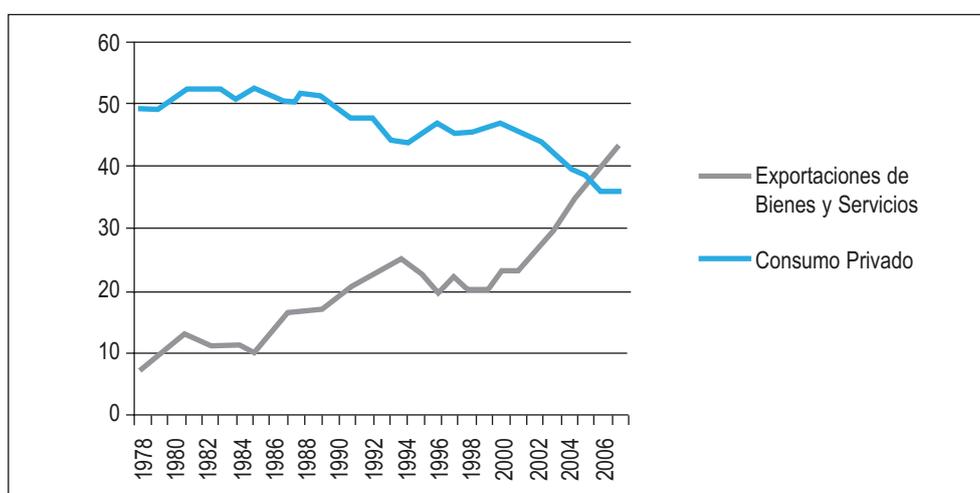
Gráfico 4. Acumulación de capital y crecimiento en China (% PIB)



Fuente: NBSCCh

Por otro lado, la contención de los salarios lograda se encuentra no sólo detrás del alto ritmo de acumulación de capital, sino también de la alta competitividad internacional de las exportaciones chinas. Aunque en una magnitud menor a la que habitualmente se argumenta, estas también han sido clave para el crecimiento, ya que han compensado la marcada disminución de importancia del consumo de las familias provocada por la misma pérdida de participación de los trabajadores en la renta nacional (gráfico 5).

Gráfico 5. Demanda interna y externa en China (% PIB)

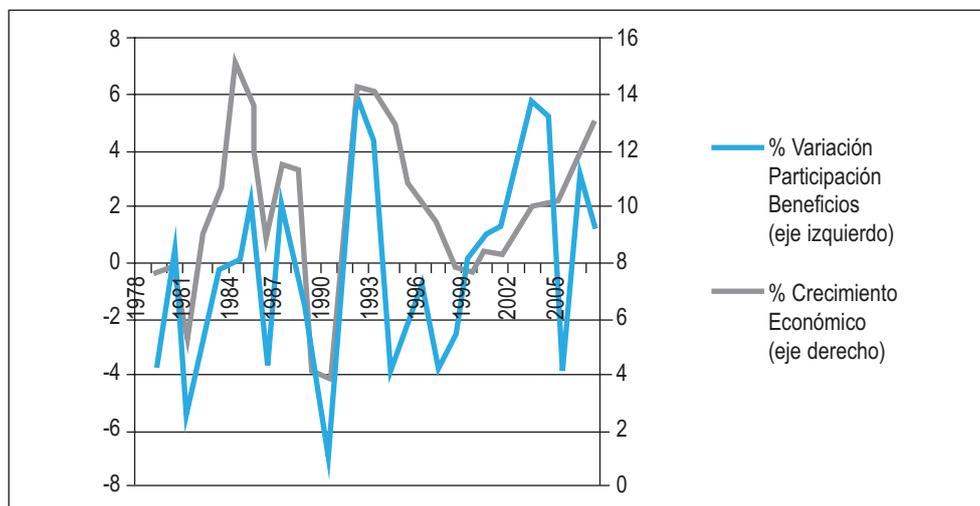


Fuente: NBSCCh

En conjunto, por tanto, se hace evidente que para poder crecer ha sido imprescindible que la distribución de la renta haya seguido una evolución favorable a los beneficios, en primer lugar, para asegurar las altas tasas de inversión y, en segundo lugar, para conquistar el mercado mundial. No es de extrañar que, finalmente, esto haya dado lugar a un patrón de crecimiento guiado por dichos beneficios, en el que las tasas a las que se ha expandido la economía han seguido su estela, incrementándose cuando lo hacía su participación y ralentizándose al caer ésta (gráfico 6, p. 73).

De los beneficios a la desigualdad

Gracias a este patrón puesto en marcha, China ha podido convertirse en la segunda economía del mundo. Sin embargo, dado que sólo ha podido lograrlo a costa de estancar las condiciones de vida en el ámbito rural y limitar los salarios urbanos, finalmente el crecimiento económico ha quedado vinculado estructuralmente a la desigualdad social.

Gráfico 6. Participación de los beneficios y crecimiento (tasas de variación)

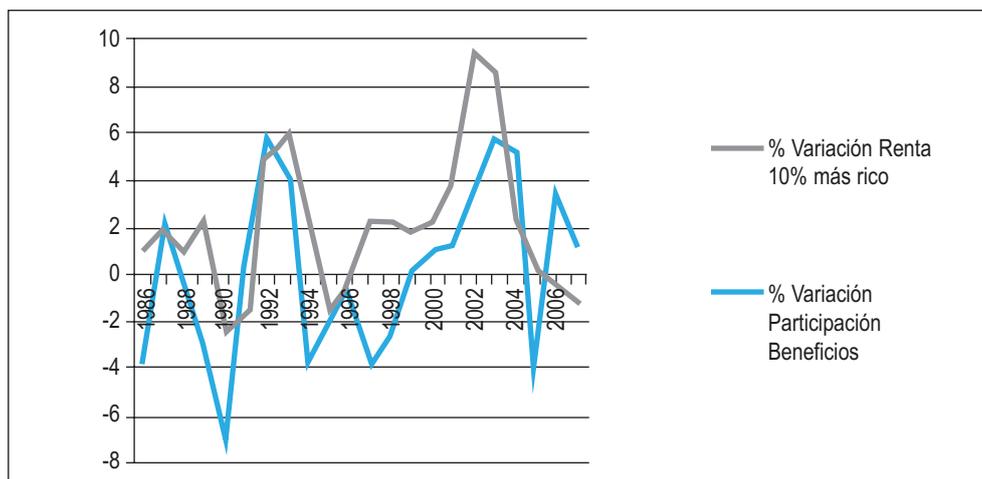
Fuente: Cálculos propios basados en los datos de Hsueh y Li (1999) y del NBSCh

Como hemos visto, la disminución de la participación de los salarios en la distribución primaria de la renta ha tenido la obvia contrapartida del incremento de la participación de los beneficios (gráfico 2, p. 70). De manera general, en cualquier economía una menor participación de los salarios genera una menor proporción de los ingresos de los hogares de rentas medias y bajas en la distribución de la renta disponible. Al mismo tiempo, una mayor participación de los beneficios provoca una mayor proporción de los ingresos de los hogares más ricos. Así, en China la obtención por parte de su nueva clase capitalista de una porción de los excedentes apropiados tanto por las empresas estatales, como por las privadas, ha derivado en un incremento del porcentaje que sobre el total representa la renta del 10% más rico de la población (gráfico 7, p. 74).

En último término, la naturaleza del patrón de crecimiento puesto en marcha, ha asegurado que de él se haya beneficiado crecientemente una pequeña proporción de la sociedad china. De hecho, que la acumulación de capital se haya basado en el mecanismo distributivo ya explicado permite entender por qué la creciente apropiación de rentas por parte de los estratos sociales más ricos ha sido simultánea al incremento de las desigualdades entre el área rural y la urbana (gráfico 8, p. 74).

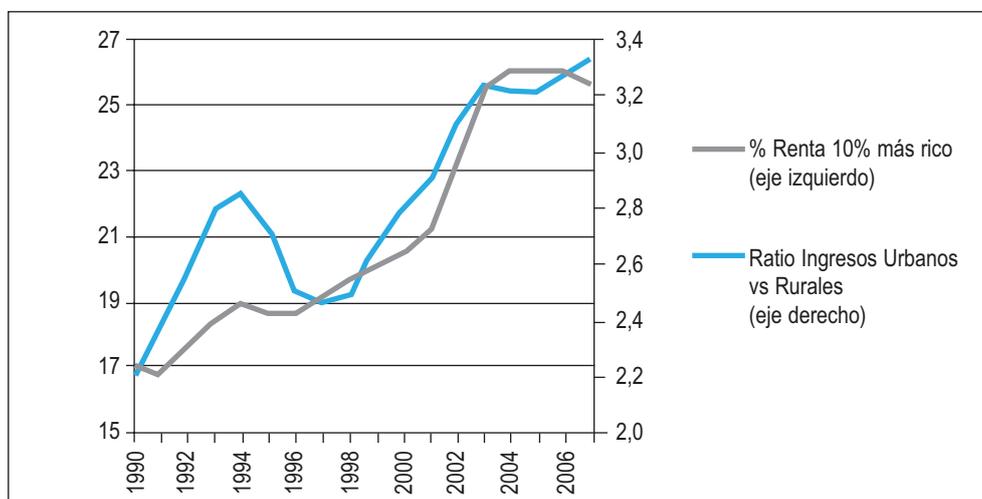
Históricamente, este tipo de relación de desarrollo desigual entre el campo y la ciudad, por la que el estancamiento de las condiciones de vida en el primero permitía un proceso de crecimiento del que se beneficiaba fundamentalmente la segunda, se había dado entre economías con diversos niveles de desarrollo. Sin embargo, en China esa relación se ha establecido dentro de las fronteras de un mismo país, en el que es su propia área rural la que sostiene el enriquecimiento de las clases sociales urbanas privilegiadas.

Gráfico 7. Participación de los beneficios y porcentaje de renta del 10% más rico (% PIB y %R NBD)



Fuente: Cálculos propios basados en la Encuesta de Ingresos de los Hogares Urbanos del NBSCh.

Gráfico 8. Porcentaje de renta del 10% más rico y desigualdad ingresos campo-ciudad (% RNBD)



Fuente: NBSCh.

En resumen, el éxito de la reforma económica china ha tenido como fundamentado un mecanismo desigualador que ha hecho posible la cada vez mayor apropiación de excedente de las empresas, necesaria para lograr mantener altas tasas de acumulación y, con ellas,

de crecimiento. Ese mecanismo, basado en el control de la migración interna campo-ciudad, explica la evolución de la distribución primaria de la renta y, a partir de esta, tanto el mayor incremento de los ingresos del decil más rico de la población, como el resto de dimensiones en las que se concreta la desigualdad en China. Todo ello permite entender por qué el índice de Gini de desigualdad personal de la renta ha llegado hasta un valor de 47 puntos.

En teoría, este sacrificio del “igualitarismo” que había caracterizado a la estrategia de desarrollo maoísta se habría visto compensado por un descenso de las cifras de pobreza. Sin embargo, este logro resulta también cuestionable. En primer lugar, si fuese posible contabilizar monetariamente el valor de los servicios públicos recibidos anteriormente de las comunas rurales y las empresas estatales, se haría evidente que el nivel de pobreza en China al inicio de la reforma era, en realidad, sustancialmente más bajo del señalado por las propias estadísticas oficiales. En segundo lugar, una importante proporción del descenso que se ha producido en los últimos treinta años, fue posible gracias a la mejora de las condiciones de vida rurales resultado de las primeras reformas agrícolas, pero, a partir de entonces, prácticamente se ha detenido. Por último, como la otra cara del primer argumento, las cifras actuales de pobreza no toman en consideración la disminución de salario indirecto y, por tanto, la menor satisfacción de necesidades básicas que ha supuesto la desaparición de los servicios antes provistos por las instituciones públicas, para cuya provisión la población china debe ahora ahorrar una buena parte de su renta.

De las desigualdades en China a las desigualdades en el mundo

El incremento de la desigualdad social experimentado en China ha tenido su reflejo directo en la evolución de la desigualdad a escala mundial. Esta relación se ha dado por dos vías: la primera, por medio del efecto real que el crecimiento de la renta per cápita china y el empeoramiento de su distribución han tenido sobre las estadísticas de desigualdad global. La segunda, como resultado de las consecuencias que ha provocado la limitación tanto de las condiciones laborales, como de los salarios de los trabajadores chinos sobre las de los trabajadores del resto del mundo.

Tal y como avanzábamos, algunos de los primeros estudios, que se llevaron a cabo durante los años noventa del siglo pasado, para medir la desigualdad mundial y explicar su evolución mostraban una caída del índice de Gini de entre 3 y 4 puntos. En esos estudios se argumentaba que esta supuesta disminución de la desigualdad se habría producido, en buena medida, gracias al mayor incremento de la renta per cápita china respecto al que se dio en los países desarrollados. Sin embargo, nuevas medidas de la magnitud de dicha renta, realizadas después de revisar el nivel de precios realmente existente en el país asiá-

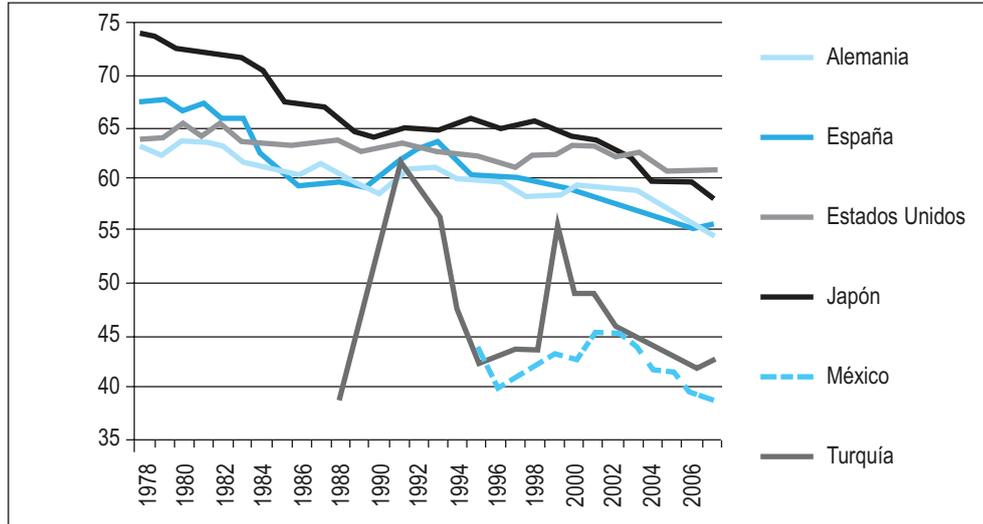
tico, disminuyeron su valor. Como consecuencia de ello, finalmente, se ha constatado un incremento de la desigualdad global, al menos entre 1990 y 2005, que ha llevado hasta un valor de 70 puntos al correspondiente índice de Gini. Más aún, esas nuevas medidas también obligaron a revisar al alza las cifras que anteriormente se habían manejado de personas viviendo por debajo del umbral de la pobreza en China.

**La presión que la migración campo-ciudad
ha tenido sobre los salarios industriales está vinculada a
la que estos han ejercido sobre los salarios de los trabajadores
del resto del mundo, mediante la continua amenaza de deslocalización
productiva por las empresas transnacionales**

Detrás de esta decepción para los valedores del proceso de globalización neoliberal, se encuentra el hecho de que, como consecuencia de la continua extracción y canalización de excedentes hacia el proceso de acumulación, la renta per cápita real disponible por las familias chinas ha crecido a tasas mucho menores que las de las propias tasas de crecimiento de la economía, con lo que una parte considerable de la riqueza generada no ha sido canalizada hacia la mejora real de sus condiciones de vida. Pero no sólo eso, sino que, además, los efectos positivos que sobre la desigualdad global ha tenido el, en todo caso importante, crecimiento de esa renta también se habrían visto neutralizados por el efecto negativo provocado por esa expansión de casi veinte puntos de subida del índice de Gini de desigualdad de ingreso entre la población china.

En segundo lugar, el estancamiento de las condiciones de vida del campesinado chino, como no podía ser de otra manera, también ha tenido consecuencias sobre la distribución primaria de la renta en el resto de países del mundo. El mecanismo que explica esta relación vincula la presión que la migración campo-ciudad ha tenido sobre los salarios industriales en China con la que estos han ejercido sobre los salarios de los trabajadores del resto del mundo, a través de la amenaza continua de deslocalización productiva hacia el país asiático sostenida por las empresas transnacionales. No en vano, esta amenaza ha sido uno de los argumentos básicos para obligar a aceptar las medidas neoliberales que, en forma de planes de ajuste, o como parte de la expansión del denominado Consenso de Washington, han horadado los ingresos salariales a lo largo y ancho del mundo. El efecto que han tenido no se ha limitado a los salarios directos (remuneraciones totales reales), sino que también ha llegado hasta los indirectos (servicios públicos, entre otros) y los diferidos (pensiones y subsidios de desempleo), y se traduce en una disminución generalizada de la participación de los salarios en la renta nacional (gráfico 9, p. 77) que es similar a la verificada en la economía china.

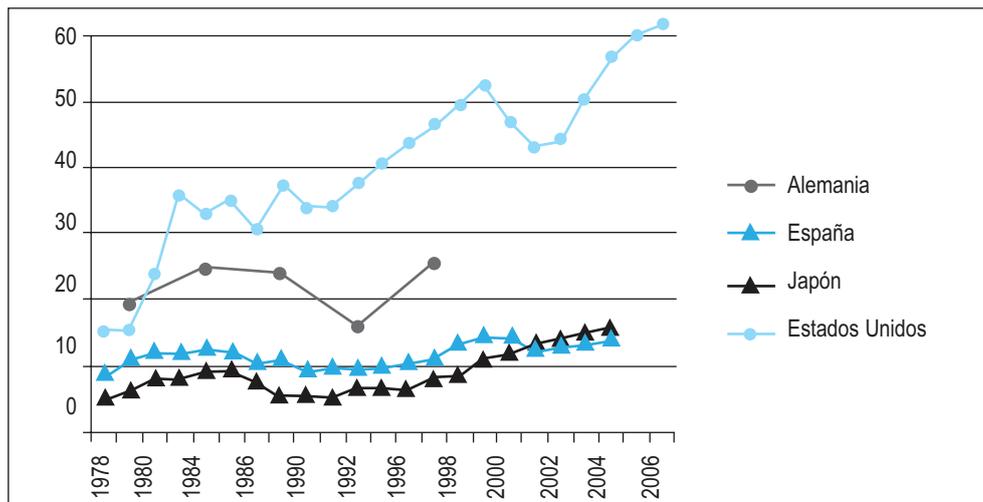
Gráfico 9. Participación de los salarios en la distribución primaria de la renta (varios países) (% PIB)



Fuente: AMECO.

Al igual que en China, el paralelo incremento de la participación de los beneficios ha derivado en el acaparamiento de una mayor proporción de la renta disponible total por parte de los grupos más ricos de la población de los diferentes países (gráfico 10), que, aunque con diferentes evoluciones, son los que se han beneficiado del, en este caso, menor crecimiento constatado en ellos.

Gráfico 10. Porcentaje de renta del 1% más rico (varios países) (% RNBD)



Fuente: The World Top Incomes Database.

En último lugar, todo ello también ha generado un incremento de los índices de Gini en la gran mayoría de los países, el cual ha contribuido más aún a la negativa evolución de la desigualdad global.

Conclusiones

La relación entre crecimiento, desigualdad y pobreza en China y de esas variables con la desigualdad a escala mundial es mucho más compleja de lo que usualmente se presenta. Lejos de ser la desigualdad social un efecto colateral del proceso de crecimiento económico chino, no es posible entender éste sin el incremento de aquélla al que ha ido asociado. Más aún, el mecanismo que explica dicho incremento también permite comprender por qué ni la disminución de la pobreza en China ha alcanzado realmente la magnitud que habitualmente se presenta, ni la desigualdad mundial se ha reducido durante las últimas décadas, a pesar, en ambos casos, de que la renta per cápita china se haya incrementado considerablemente.

Por tanto, el intento de otros países del mundo ansiosos de desarrollo de replicar el modelo chino representado en el Consenso de Pekín estaría abocado a obtener resultados igual de dispares. Es probable que la recuperación del control estatal sobre las variables estratégicas del proceso de desarrollo, que en China sigue manteniendo el Gobierno, permitiese a esos países crecer por encima de las tasas a las que lo han estado haciendo después de seguir las políticas neoliberales. Sin embargo, ese crecimiento necesitaría igualmente de mecanismos que asegurasen la generación de un importante excedente a canalizar hacia el proceso de acumulación. Como hemos visto, esto no haría sino generar una mayor apropiación de rentas por las clases sociales que controlan el proceso productivo. En último lugar, el consiguiente incremento de la desigualdad acabaría, muy probablemente, cuestionando la posibilidad de mejora de los ingresos y condiciones de vida con la que se promete que el crecimiento va a premiar a las clases campesinas y trabajadoras.

Antes incluso del estallido de la crisis económica mundial, el desequilibrio entre demanda externa e interna generado por este patrón de crecimiento (gráfico 5, p. 72), había llevado al Gobierno chino a tomar algunas medidas, entre ellas la desaparición de impuestos agrícolas, para tratar de paliar la desigualdad social. Con la llegada de la crisis estas medidas han ido más allá y han incluido la aprobación de una nueva ley de contratación laboral y una reforma sanitaria. Además de asegurar la estabilidad social tan ansiada por el Gobierno, el objetivo último de la supuesta redistribución de la renta que con ello se quiere generar es incrementar el consumo de las familias chinas para así permitir a la economía seguir creciendo en un contexto de disminución de la demanda mundial.